

El asalto de **TRUMP**

Parte de la religiosa sociedad estadounidense se ha entregado a un candidato cuyos valores no comparten, pero cuyas propuestas salomónicas han avalado los republicanos. El millonario Donald Trump lo sabe y se presenta como un defensor de la cristiandad frente al terrorismo y el laicismo. ¿Qué posibilidades reales tiene de ganar el próximo noviembre?





EDUARDO SUÁREZ

Es difícil encontrar un símbolo mejor de la América evangélica que la Liberty University: una institución cuyo campus se asienta unos 300 kilómetros al sur de Washington y cuyo fundador fue el reverendo **Jerry Falwell**, el hombre que colocó la religión en el centro del debate político a finales de los años 70 al crear un grupo de presión al que bautizó como *The Moral Majority* ("la mayoría moral").

Allí llegó **Donald Trump** en enero, invitado por el hijo de Falwell, que lo presentó con un saludo efusivo que no había usado para recibir a los dos candidatos presidenciales que habían visitado este año el centro académico: el demócrata **Bernie Sanders** y el republicano **Ted Cruz**. Falwell y Trump son amigos desde hace décadas. Pero la impronta estridente del candidato no encajó del todo bien en la atmósfera pía de esta universidad religiosa que alberga una biblioteca teológica y un museo dedicado a los capellanes de la Guerra de Secesión.

El candidato pronunció su discurso en un pabellón ante más de 10.000 personas y maquilló su discurso habitual con un puñado de pinceladas religiosas. Dijo que la Biblia era "lo mejor" y prometió muy serio a los estudiantes que volverían a ver "los carteles de 'Feliz Navidad' en los grandes almacenes". Luego citó un versículo de la segunda carta de san Pablo a los Corintios, pero se refirió a ella como "Corintios Dos". Una parte del público se rió al percibir el error. Era la prueba de que Trump estaba aquel día fuera de su zona de confort.

La visita de Trump a la Liberty University no fue casual, sino un gesto del candidato hacia los votantes evangélicos, que cada cuatro años son un grupo demográfico decisivo para >>



» cualquier republicano que se lanza a la carrera presidencial. A Trump le quedaban dos semanas para su primera cita electoral en los caucus de Iowa y necesitaba un baño de multitudes en una institución religiosa para limar las asperezas de su carácter profano: sus infidelidades, sus tacos, su lenguaje agresivo hacia los mexicanos y sus seguidores en el Ku Klux Klan. Al final, los evangélicos de Iowa no votaron por Trump: el millonario apenas logró un 22% de sus votos, frente al 34% de su rival Ted Cruz. Pero gestos como su paso por el campus de Lynchburg dieron sus frutos, y los evangélicos ayudaron a Trump a deshacerse de sus rivales y a ganar con autoridad las primarias de estados sureños como Alabama, Mississippi o Carolina del Sur.

Los evangélicos son cristianos de distintas comunidades protestantes unidos por una experiencia personal de conversión. Muchos educan a sus hijos en casa, viven en el campo y fundan sus propias iglesias. Su voto suelen definirlo asuntos morales como el aborto o el matrimonio entre personas del mismo sexo. Cuatro de cada cinco son blancos y su porcentaje es mayor en los estados del Sur. La influencia política de los evangélicos es un fenómeno relativamente reciente. Nació de la mano de Falwell en la campaña presidencial de 1980, cuando los evangélicos ayudaron a **Ronald Reagan** a llegar a la Casa Blanca, y moldearon luego las

políticas de los dos **Bush**. Desde entonces, su influencia se ha ido disipando por el ascenso del movimiento del Tea Party, cuyos activistas apartaron el debate político de los asuntos morales y lo acercaron a los impuestos, el déficit público o la inmigración.

Ni **John McCain** ni **Mitt Romney** eran los candidatos favoritos de los evangélicos. Pero aun así, ambos ganaron las primarias republicanas de 2008 y 2012 respectivamente, y atrajeron luego la inmensa mayoría del voto evangélico en las elecciones generales. Esta vez, Trump sí ha sido el candidato favorito de los evangélicos durante las primarias. Un 40% ha votado por él, pese a la presencia de aspirantes con un perfil mucho más religioso, como **Ben Carson** o Ted Cruz.

Candidato profano

Nadie sabe si Trump será capaz de mantener y potenciar ese respaldo en las elecciones de noviembre. Unos 34 millones de evangélicos votaron en noviembre de 2012: un 27% de quienes ejercieron su derecho a voto y muchos más que en cualquier elección anterior. Esta vez, Trump necesita movilizar al menos los mismos votantes evangélicos si quiere salvar la diferencia que le separa de la demócrata **Hillary Clinton**, que aventaja al candidato republicano por el respaldo de jóvenes, mujeres, hispanos y afroamericanos y que se perfila como la favorita para ganar.

A priori, Trump no tiene el perfil más adecuado para lle-

var a votar a los evangélicos. El candidato ha soltado tacos en los mítines, ha insultado a varias mujeres, se ha mofado de un reportero discapacitado y ha incitado a sus seguidores a golpear a quienes protestaban contra él. Nunca hubo un candidato tan profano en una carrera presidencial. Ni siquiera entre los demócratas, cuyos líderes son tan religiosos como los republicanos y mencionan a menudo y con naturalidad su relación con Dios.

Al contrario que en Europa, el carácter y la vida personal de los políticos son importantes en Estados Unidos. Sus votantes suelen castigar las infidelidades de un candidato y mirar con lupa su religión. El demócrata **John F. Kennedy** se vio obligado a vencer los prejuicios que advertían contra la llegada de un católico a la Casa Blanca en 1960, y el republicano Mitt Romney intentó aplacar las suspicacias de los evangélicos pronunciando en 2008 un discurso en el que explicaba las raíces de su fe como mormón.

Según cifras del Pew Research Center, a un 51% de los americanos les costaría más votar por un candidato si supieran que es ateo; un porcentaje mayor que si supieran que ha fumado marihuana (20%), que ha sido infiel a su pareja (37%) o que ha tenido problemas financieros (41%). La fe es un elemento importante en la carrera a la Casa Blanca, y en cierto modo también el talón de Aquiles de Trump. "Lo de menos son sus tres matrimonios", decía hace unos meses

Al contrario que en Europa, el carácter y la vida personal de los políticos son importantes en Estados Unidos, y su religión se mira con lupa



el líder evangélico **Bon Vander Plaats**, cuyo respaldo buscó sin éxito el candidato antes de presentarle como un impostor. “Mucha gente está harta del Gobierno, pero eso no es un motivo racional para votar a un tipo así. Quienes lo hacen no tienen criterio”.

Y sin embargo, no todos los evangélicos comparten la opinión de Vander Plaats. Muchos han respaldado a Trump, que celebró un evento a principios de junio con más de un millar de personas en Nueva York. Sus seguidores son los que están dispuestos a pasar por alto su apoyo al aborto, sus donaciones a candidatos demócratas y su conducta libidinosa con tal de elegir a un líder fuerte, capaz de defenderles en un entorno gobernado por la incertidumbre, el pesimismo y el pensamiento secular.

“Esta vez, los evangélicos no buscan a alguien como ellos: buscan a alguien que los proteja”, escribió el analista conservador **Charles Krauthammer**. El argumento de Krauthammer es sencillo: hartos de respaldar a aspirantes píos incapaces de ganar como **Mike Huckabee**

En estas páginas, varias imágenes de la Convención Republicana que se celebró en Cleveland del 18 al 21 de julio y que ha elegido a Trump como candidato a la Casa Blanca. A la derecha, con su esposa, Melania

(2008) o **Rick Santorum** (2012), ahora los evangélicos han optado por entregarse a un candidato cuyos valores no comparten, pero cuyas propuestas contienen una impronta autoritaria que a muchos les suena bien.

Al contrario que los católicos o los cuáqueros, la mayoría de los evangélicos están a favor de someter a torturas a los sospechosos de terrorismo y de prohibir a los musulmanes la entrada al país. Trump es consciente de la popularidad de ese autoritarismo entre los votantes menos formados y lo utiliza a menudo en sus mítines, presentándose como una especie de defensor de la cristiandad frente a las fuerzas oscuras del terrorismo y frente al ascenso de los valores laicos.

Un plan de negocio

El autoritarismo no es el único atractivo de Trump para los votantes evangélicos. Muchos valoran su perfil empresarial y perciben su éxito en los negocios como la prueba de que está capacitado para gobernar. “Sus elecciones morales no siempre han sido las mejores –le decía hace poco al diario *Político* **Linda Sharp**, una profesora de música de Oklahoma–. Pero colocho esas elecciones morales junto a su plan de negocio o de crecimiento económico para América, y tengo muy claro qué pesa más”.

Es una respuesta que he escuchado muchas veces en Iowa, New Hampshire o Connecticut y que ayuda a explicar el éxito del millonario neoyorquino en unas primarias atípi-

cas y marcadas por el descrédito de la política. El tópico no debería llevar a engaño. El éxito de Trump no solo es el fruto del respaldo de una clase obrera blanca depauperada por el final de la minería y la industria pesada y por el ascenso de la globalización. Le han votado también pequeños empresarios y republicanos ilustrados que no comparten su retórica estridente pero quieren un líder capaz de gobernar con decisión.

Es difícil comprender ese descontento en un país donde el Gobierno federal ha ido equilibrando las cuentas públicas y donde el desempleo se ha reducido hasta el 5%. Pero los salarios permanecen estancados y muchos ciudadanos siguen viviendo al margen de la prosperidad que se percibe en torno a los focos de riqueza de Silicon Valley y Wall Street. El malestar es especialmente acusado en los condados industriales de West Virginia, Ohio o Pensilvania, que han perdido con los acuerdos de libre comercio, y en ciudades como St. Louis, Baton Rouge o Cleveland, sacudidas por el repunte de heroinómanos o la tensión racial. Son problemas muy complejos que Trump propone solucionar con recetas muy simples y apuntando contra tres villanos familiares: unos políticos corruptos, los millonarios que financian sus campañas y los inmigrantes que entraron en el país de forma ilegal.

El rechazo que suscitan los políticos tiene que ver con los problemas económicos, pero »

A FONDO EL MESÍAS REPUBLICANO

» también con la parálisis de Washington, donde demócratas y republicanos son incapaces de sacar adelante su programa desde 2010.

Los padres fundadores diseñaron un sistema político lleno de contrapesos para evitar otorgar el poder a una sola persona o a una sola coalición electoral. Los mandatos de los senadores duran dos años más que los de los presidentes y cuatro años más que los de los miembros de la Cámara de Representantes. Esa asimetría hace que ningún partido ejerza durante mucho tiempo un poder absoluto y obliga a todos a pactar para tomar casi cualquier decisión.

El sistema funcionó más o menos bien mientras demócratas y republicanos fueron partidos heterogéneos con congresistas dispuestos a llegar a acuerdos para gobernar. Pero la legislación a favor de los derechos civiles revolucionó los dos grandes partidos en los años 60 y creó un sistema disfuncional. Los demócratas racistas de los estados sureños se hicieron republicanos, y los republicanos progresistas de estados como Nueva York o Massachusetts se hicieron demócratas, creando dos partidos mucho más homogéneos y menos propensos a pactar.

Esa polarización ideológica ha creado una parálisis que potencia la frustración de los

votantes y que está en la raíz de movimientos populistas como el *Tea Party* y *Occupy Wall Street*. Los candidatos hacen promesas que no pueden sacar adelante en el Capitolio y que llevan a los votantes a volverse hacia aspirantes más radicales que hacen promesas aún más difíciles de cumplir. Así cabe entender el éxito de un candidato como Trump entre los votantes republicanos más autoritarios, que se sienten defraudados por unos políticos incapaces de frenar el avance de conquistas progresistas, como la reforma sanitaria que otorga seguro médico a cualquier ciudadano, o como el matrimonio homosexual.

Retórica racista

Trump asegura que la inoperancia de sus colegas republicanos es el fruto de la corrupción y se presenta como el único candidato al que ningún millonario puede comprar. Ninguna persona física o jurídica podía donar más de 2.500 dólares a una campaña antes de 2010. Ese año, una decisión del Tribunal Supremo dinamitó ese límite y abrió la puerta a los llamados super-PAC: grupos de acción política que pueden recaudar donaciones ilimitadas para los candidatos y que desde entonces han dominado el proceso electoral. El precio del duelo entre **Obama** y Rom-



El presidente Obama y la aspirante demócrata, Hillary Clinton, en un acto de campaña el pasado 5 de julio. Abajo, protesta del grupo activista 'Code Pink' ante la sede de la Convención Republicana

ney rozó los 2.000 millones de dólares y fue el más caro de la Historia. Un extremo que potenció este año la cólera de los jóvenes seguidores de Bernie Sanders, pero también alimentó el ascenso de Trump.

El tercer villano contra el que Trump clama en sus mitines son los inmigrantes mexicanos, a quienes el candidato republicano ha llamado asesinos, traficantes y violadores, y contra quienes ha prometido construir un muro en la frontera sur del país. El muro es muy útil para Trump: ofrece una solución simplona a un problema complejo y permite al candidato presentarse como un líder fuerte, capaz de defender los derechos de la población.

Unos 11 millones de inmigrantes viven sin papeles en Estados Unidos. La mayoría son mexicanos que llegaron al país hace décadas y viven en estados como Texas, Nevada o California. Muchos tienen empleos estables en viveros, fábricas o restaurantes y han criado a sus hijos aquí. Pero viven con miedo porque una inspección laboral o una multa de tráfico pueden propiciar su expulsión del país.

En junio de 2013, el Senado aprobó un proyecto de ley respaldado por demócratas y





republicanos que ofrecía una vía a los indocumentados para regularizar su situación. El proyecto naufragó luego por la oposición de los republicanos más conservadores de la Cámara de Representantes, pero dejó una semilla que llevó a Obama a aprobar dos acciones ejecutivas para regularizar la situación de una parte de los inmigrantes sin papeles. Una decisión del Supremo tumbó la segunda en la primavera de 2016.

La inmigración no es el problema que más preocupa a los ciudadanos de Estados Unidos. Pero Trump se las ha arreglado para relacionarlo con asuntos como el terrorismo, el desempleo o la economía, que sí preocupan a la población. Su retórica se nutre del resentimiento de los perdedores de la globalización y de episodios violentos como Orlando, Niza o Turquía, pero también de la nostalgia de la clase obrera blanca, que se siente extranjera en un país cada vez más abierto y menos homogéneo. Es ese espíritu el que atrae a Trump a veteranos y líderes del Ku Klux Klan y el que está implícito en su eslogan de campaña: “*Make America great again*”.

La retórica racista de Trump ha disparado el activismo entre los hispanos y le ha granjeado la

reprimenda del papa **Francisco**, que durante su visita a la localidad mexicana de Ciudad Juárez pronunció una frase dirigida al candidato: “Una persona que solo piensa en levantar muros y no en tender puentes no es una persona cristiana. Eso no es el Evangelio”.

Trump vs. Francisco

El Papa no es un buen adversario para Trump. Al fin y al cabo, su popularidad está por encima de la de cualquier político americano y abandera causas muy populares como el cambio climático o la lucha contra la desigualdad. Trump apenas ha cortejado el voto de los católicos durante la campaña, pero debería hacerlo: representan una cuarta parte del electorado y en las últimas ocho décadas solo han votado dos veces por el candidato perdedor.

El fanatismo religioso de algunos republicanos y el recuerdo de las políticas sociales de **Franklin D. Roosevelt** otorgaron el voto católico a los demócratas desde los años 30 hasta principios de los años 70, cuando la pugna sobre asuntos morales como el aborto los empujó a los republicanos de **Nixon**, Reagan y la familia Bush.

Hoy los católicos no son un bloque homogéneo. Su diver-

sidad ideológica, pero también demográfica, les acerca a la sociedad de Estados Unidos, donde los blancos representan un porcentaje cada vez menor. Los católicos de origen hispano votan por los demócratas y los de origen italiano o irlandés suelen votar por los republicanos. Pero hay un grupo de católicos moderados cuyo voto oscila cada cuatro años y vota casi siempre con el ganador. Así ha ocurrido en todas las elecciones menos en 1952 y en 1956, cuando la mayoría de los católicos votó por el demócrata **Adlai Stevenson** y no por el general **Dwight Eisenhower**, el último candidato que llegó a la Casa Blanca sin haber sido elegido nunca para una responsabilidad menor.

Hoy por hoy no parece probable que Trump pueda ganar el voto de los católicos americanos. No solo por su retórica agresiva, que lo aleja de los valores de acogida y solidaridad que impregnan el mensaje del papa Francisco. También por la popularidad de Hillary Clinton entre los católicos, que votaron por ella en las primarias demócratas de 2008 y que la consideran una candidata mejor preparada que Trump.

El millonario neoyorquino sorprendió con su triunfo en las primarias republicanas, pero el electorado de noviembre es más joven, más progresista y más hispano. Es mucho menos probable que vote por un candidato que explota los prejuicios de una parte menguante de la población. A mediados de julio, el analista **Nate Silver** apenas le otorgaba a Trump un 34% de opciones de llegar a la Casa Blanca; pero la política americana es impredecible y cualquier cosa puede ocurrir. La impopularidad de Clinton y la desconfianza que suscita aún podrían alterar la balanza. 2016 todavía puede ser el año de Trump. ●

Es poco probable que el electorado vote por un candidato que explota los prejuicios de una parte menguante de la población

La papeleta de los católicos

KATIA LOPEZ-HODOYAN

Los católicos estadounidenses están unidos en su fe, pero no en su voto. Entre la población norteamericana existe un desacuerdo contundente sobre el camino que debe emprender el país, y esta misma división nacional se encuentra en el pensar de los feligreses católicos. Dependiendo del estado donde viven, su raza o edad, cambian las inclinaciones políticas drásticamente.

Según un encuesta del Pew Research Center, el 56% de católicos norteamericanos apoyarán a la demócrata **Hillary Clinton** en las elecciones presidenciales del mes de noviembre, mientras que el 39% apoyará al candidato republicano, **Donald Trump**. La diferencia más alarmante está entre los hispanos y los anglosajones: ese estudio determinó que un 50% de los católicos anglosajones votarán por Trump, frente al 46% que lo hará por Clinton. Por contraste, un 77% de los católicos hispanos votarán por Clinton y solo un 16% por Trump.

“El número de católicos se ha mantenido estable en Estados Unidos debido a la llegada masiva de inmigrantes latinoamericanos”, indica a *Vida Nueva* **Karla Lexington**, experta en política e inmigración. “El perfil de la Iglesia norteamericana está cambiando en el país y esto, seguramente, se reflejará en la contienda electoral”, añade. En la Archidiócesis de Los Ángeles –la más grande del país–, por ejemplo, más de 70.000 bebés fueron bautizados en 2014, en su mayoría hijos de inmigrantes hispanos.

A diferencia de muchos países europeos, la religión tiene un papel central en la política y, específicamente, en las campañas presidenciales de Estados Unidos. Aunque su constitución claramente marca la separación entre la religión y el Estado, un 53% de ciudadanos dicen que la religión es un factor importante en su vida.

Desconfianza

Con frecuencia, Hillary Clinton ha hecho referencia a su fe metodista y a la influencia que tienen sus creencias religiosas en su vida política. Trump, quien ha intentado integrar citas bíblicas en su campaña presidencial, tiene un comité de 21 personas de la Iglesia evangélica para aconsejarle en temas de fe, y ha elegido a **Mike Pence**, gobernador de Indiana, como vicepresidente. Pence se describe como un “cristiano, conservador y republicano... en ese orden”. De joven, recibió formación católica y hasta consideró ser sacerdote, pero en la universidad se hizo evangélico.

El 20% de la población norteamericana –aproximadamen-

te 70 millones de personas– es católica, por lo que la uniformidad es prácticamente imposible. No cabe duda de que estas elecciones se presentan en un momento clave dentro y fuera del país. Un momento en donde se teme la inestabilidad económica y la amenaza de ataques terroristas. Junto a este panorama, es evidente la desilusión que sienten los ciudadanos.

Aproximadamente seis de cada 10 votantes están disconformes con los candidatos presidenciales. Hacia Clinton existe desconfianza, incluso entre los demócratas. Aunque una investigación del FBI concluyó que Clinton, quien dirigió el Departamento de Estado del año 2009 al 2013, no debe ser juzgada por haber usado su correo electrónico personal para recibir información clasificada, muchos electores aún cuestionan su honestidad y motivaciones políticas. Ha sido fuertemente criticada por las contribuciones millonarias que ha recibido de entidades bancarias de Wall Street. Quienes la apoyan, sin embargo,

La religión en las elecciones estadounidenses



Fuente: Pew Research

TERESA MARZÁN



hablan de su experiencia como primera dama, senadora y secretaria de Estado.

Hacia Donald Trump existe el temor de su retórica extremista, hasta tal grado que líderes republicanos han rechazado su campaña. Por otra parte, a millones de electores les atrae precisamente su estilo directo, sin adornos ni disculpas. Se les conoce como “la mayoría silenciosa”. Son quienes están de acuerdo con el mensaje de Trump, pero hasta ahora no se atrevían a expresarlo, por el temor a ser etiquetados como racistas. Son quienes apoyan también que se prohíba la entrada de refugiados musulmanes, o quienes están de acuerdo con que se construya un muro para separar México de EE.UU. Un muro que, además, debería costear México.

En una entrevista con el Instituto Político de Harvard, la analista **Amy Walter** explicó que en las últimas elecciones presidenciales hubiera sido prácticamente imposible considerar seriamente a un candidato como Trump, pero la frustración de la base electoral republicana ha establecido las condiciones perfectas: “Representa a una facción del partido republicano disconforme con

Dos personas discuten sobre religión y política, a las puertas de la Convención Republicana

Los obispos recuerdan a los fieles que no pueden ignorar sus “ineludibles retos morales” ni descartar las directrices de la Iglesia

la situación del país. Están molestos con el liderazgo republicano. Están frustrados y son testigos de la ineficacia del Congreso. Están buscando a alguien que defienda su causa en Washington”.

La Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos ha emitido el documento *Formando la conciencia para ser ciudadanos fieles*, donde exhorta a los católicos a emitir su voto bajo las pautas de la doctrina de la Iglesia. Indica que los feligreses “no pueden ignorar sus ineludibles retos morales ni simplemente descartar la orientación o directrices políticas de la Iglesia”. Sin embargo, con temas tan polarizados como la inmigración, las armas, el aborto o el matrimonio homosexual, las diferencias, aun dentro de la Iglesia, son inevitables. Sobre todo debido a que el país ha cambiado radicalmente en la última década. Hay quienes le dan la bienvenida a este cambio y quienes lo rechazan abiertamente. Los argumentos son varios: la inmigración masiva que está cambiando el perfil del país, la generación joven que apoya el movimiento homosexual y los discursos políticos que se emiten desde Washington que no dan un

mensaje concreto, optando por lo políticamente correcto.

¿Qué peso específico tiene el voto católico? ¿Es lo suficientemente importante como para condicionar el resultado de las presidenciales? Según el Pew Research Center, el 44% de los católicos suelen votar por candidatos del Partido Demócrata, mientras que un 37% se identifican con el Partido Republicano. Aproximadamente un 19% son independientes y no tienen afiliación política. Estas cifras reflejan la realidad de lo ocurrido en 2012, cuando más católicos votaron por **Barack Obama** que por su contrincante republicano, **Mitt Romney**. Mormones y evangélicos conforman un segmento electoral que vota por igual en prácticamente todas las elecciones presidenciales.

División, desconfianza y resignación son algunas de las palabras que se han utilizado para describir las elecciones en Estados Unidos. Ha llegado a tal grado la desconexión que un porcentaje ha decidido no votar. Pero, con una contienda electoral tan fuera de lo normal, esta elección seguramente dará que hablar durante generaciones, dentro y fuera de las parroquias católicas del país. ●